

La felicidad
Felicitas seu beatitudo in

Thoma Aquinatis
Reflexión de ayer a hoy

*Guillermo Malavassi-Vargas **

Resumen

Es oportuno un recordativo, no exhaustivo, sobre el tema de la felicidad sobre todo cuando por las circunstancias del presente y todo el progreso técnico que lo caracteriza, muchos han creído que es posible lograrla de una manera completa. Varios intentos de indicar los factores que la forman, a veces cuantificados con mucha seriedad, parecen olvidar que es tema constante en la historia de la humanidad. Por ello se hará referencia a esa historia, centrándola particularmente en dos autores: uno de la época antes de Cristo y otro de la época cristiana. Así podrá apreciarse que solo por momentos y de manera limitada se experimenta la felicidad. Por ello en Aristóteles y sobre todo en santo Tomás aparece la apertura a los anhelos de ser siempre y ser plenamente feliz, con las particularidades propias de cada época.

Palabras clave: felicidad, ética, voluntad, libre albedrío, virtud, finalidad.

* Con estudios en la Universidad Gregoriana (Roma) y en la Universidad de Costa Rica. 54 años de enseñanza universitaria en el campo de la Filosofía e Historia del Pensamiento. Fue Secretario General y Vicerrector de la Universidad de Costa Rica, Decano Fundador de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNA, Ministro de Educación Pública; Diputado. Miembro titular del CONESUP. Cofundador de la Universidad Autónoma de Centro América (UACA) y Rector de ella (1976-2011); cofundador y primer Presidente de UNIRE. Editor de la revista Acta Académica.

Introducción

En el último año varias publicaciones han tratado de establecer desde diversos indicadores en qué consiste la felicidad humana, y se han creado unas tablas de medida de esa felicidad.

El tema viene desde que hay memoria en la historia, con momentos especiales en que se ha tratado de concretar de maneras más precisas el contenido de la felicidad.

En algunas naciones la felicidad se ha establecido como una obligación de los gobernantes para con los administrados; en otras, como el derecho que cada persona tiene de buscar su felicidad.

Al presente, lo que quizá más llame la atención ha sido el programa establecido en el reino de Bután en el Himalaya en que se ha establecido una *Comisión de la Felicidad Nacional Bruta, presidida por el Primer Ministro, que examina todas las propuestas presentadas por los Ministerios del Gobierno*; es probable que ningún otro país haya tomado tan en serio la cuestión como el reino de Bután (Cfr. Singer, Peter, “¿Podemos aumentar nuestra felicidad nacional bruta?”, *La Nación*, sábado 17 de setiembre del 2011, p 29 A.).

Antes de Cristo

Heráclito de Éfeso, de la Antigüedad pagana, floreció entre los años 504 al 500 A. de C. En uno de los fragmentos de sus obras (Frag. 4 Diels-Kranz) dejó este pensamiento: *Si la felicidad residiese en los placeres del cuerpo, llamaríamos felices a los bueyes cuando hallan arvejas para comer*. Hay en él un fondo de gran ironía.

Jenófanes de Colofón, quien floreció alrededor del año 540 A. de C., dejó un fragmento recogido por Aristóteles que dice así: *Hay un solo Dios, el más grande entre los dioses y los hombres que no se asemeja a los hombres ni por el cuerpo ni por el pensamiento* (Frag. 2).

Anaxágoras de Clazomenes (500-428-27 A. de C.) se refiere al Espíritu o mente (*nous*) del que expresa (Frag. 12): *Pues el Espíritu es la más sutil, la más pura de todas las cosas y tiene razón sobre toda otra cosa y posee el máximo poder. Y el Espíritu domina a todas las cosas, grandes o pequeñas, que tienen un alma (viviente).*

Conforme surgen otros pensadores, esos pensamientos sobre la felicidad, la mente o alma humana, Dios concebido cada vez con mayor altura conceptual...van haciendo posibles y más depurados todos los temas sobre la relación persona humana, conocimiento, la naturaleza (los seres naturales) y Dios.

Así llegamos a Platón y a Aristóteles, después de pasar por Sócrates y todo su rico aporte recogido por Platón y Jenofonte.

En Aristóteles la cuestión se acrecienta con el planteamiento atañadero al tema de la felicidad humana en esas relaciones con todos los otros seres.

El estudio antropológico aristotélico lleva a analizar cómo conoce la persona y hace el análisis del conocimiento sensitivo y el intelectual que lo conduce a plantear o dejar planteado el tema de dónde proviene el *nous*, la mente humana; en una de sus obras dice que *viene de fuera*, por la naturaleza tan especial de esta alma humana, tan superior al alma de los animales y al principio vital de los vegetales, capaz de reflexionar sobre sí misma. Y queda planteado el tema de Dios y el de la felicidad.

Cómo determinar en concreto en qué consisten ese bien y esa felicidad es la cuestión con la que culmina la *Ética a Nicómaco*, pues Aristóteles no identifica el sumo bien del hombre con Dios; para él a Dios le corresponde el bien más alto en sí mismo. Pero ese bien es exclusivamente suyo, incomunicable, y no puede ser compartido ni participado por ningún otro ser, por razón de la misma transcendencia divina. Solo le queda la alternativa del mayor bien a que puede aspirar el hombre en esta vida y al que Aristóteles asigna las siguientes condiciones:

1°. Debe ser perfecto, definitivo, suficiente por sí mismo para hacer feliz al hombre con su posesión, sin necesidad de que se le sobreañada ninguna otra cosa. 2°. Debe buscarse por sí mismo, y no en orden a conseguir otro bien cualquiera. 3°. Debe ser una cosa presente. No consiste en la simple potencia, aptitud o capacidad para adquirir el bien, sino en su posesión real y actual. 4° No debe ser una cosa puramente pasiva, sino que consiste en la actividad propia y más elevada del hombre en cuanto tal. 5°. Debe hacer al hombre bueno. 6°. Su posesión debe tener fijeza, estabilidad y continuidad a lo largo de una vida completa y suficientemente larga.

(Así resume Fraile los requisitos que se desprenden sobre todo de las últimas páginas de la *Ética a Nicómaco* X 6,1176b5-1178a9)

Será entonces vivir conforme a la razón. Pero esto todavía no basta. La razón debe dirigir y regular todos los actos del hombre, y en esto consiste esencialmente la vida virtuosa; pero como hay muchas virtudes, la perfección del hombre, y, por lo tanto, su bien y su felicidad, deben consistir en la actividad de una vida dirigida por la virtud más alta entre todas.

Pero en el libro X trata de demostrar que el bien propio del hombre consiste en la vida teórica o contemplativa, es decir, en el ejercicio de la actividad de su potencia más alta, que es la inteligencia.

El acto del pensamiento tiene algo de divino –dice Aristóteles– o por lo menos es lo que hay de más divino en el hombre. Es la cosa más valiosa entre todas cuantas son accesibles al humano conocimiento. El sabio necesita muy pocas cosas, fuera de las indispensables para vivir. Se basta a sí mismo, pues no necesita más que estar a solas para poder entregarse al estudio y a la contemplación. La vida contemplativa es la única que se ama por sí misma, pues no busca ningún otro bien fuera de sí. Así, pues, el acto de Dios, que supera en felicidad a todos los demás seres, es puramente contemplativo y, entre los actos humanos, el que más se aproxima a este es también el acto que proporciona mayor

grado de felicidad. Aristóteles reconoce que ese ideal de vida es tan elevado que no todos pueden aspirar a él. Hasta este punto llegó Aristóteles y dejó abierta una fecunda forma de considerar la finalidad, el bien, la felicidad de la existencia humana.

La Era Cristiana

Viene la era cristiana y todo lo anterior se replantea en profundidad: surge la concepción de la creación, del ser la persona imagen de Dios –concepciones venidas desde la antigüedad judía–; y aparece Cristo, Dios y hombre y su enseñanza, la revelación de la Trinidad, todo lo cual cambia, reordena radicalmente la forma de entender, valorar y vivir la existencia: esta vida es transitoria (biosfera); la otra es para siempre (noosfera), con todas sus consecuencias.

¿Cómo se plantea y resuelve el tema de la felicidad en la nueva tesitura existencial que ha traído el cristianismo?

Como son veintiún siglos de historia, tomaré de referencia a Tomás de Aquino, excepcional conocedor de Aristóteles, a quien tradujo, comentó cada una de sus obras y admiró al punto de denominarlo *El Filósofo* por antonomasia. De Aristóteles a Tomás de Aquino hay 17 siglos de distancia; de Tomás de Aquino a nuestros días, menos de la mitad: ocho siglos.

Tomás de Aquino fue filósofo y teólogo y muchas otras cosas. Como filósofo se hizo cargo, entre otros muchos, del tema de la *felicitas* o *beatitudo*.

Indaga si es cierto que la buscamos y necesitamos y explica que, por tener las personas la facultad que llamamos *intelecto* o *razón*, podemos conocer todas las cosas y, al tener la facultad que se denomina *voluntad*, nos sentimos atraídos por los bienes que son todas las cosas existentes. Esa *atracción universal* que los bienes ejercen sobre la voluntad humana es la inclinación innata, natural, que nos llama a la felicidad, pero pronto en nuestra vida hallamos, primero, que hay que escoger, porque estamos dotados de *libre albedrío*, y que ello nos limita, porque elegir algo

es renunciar a algo; de tal manera, hay que poner mucha atención sobre qué bienes vamos a elegir; en segundo lugar, pronto también nos percatamos de que hoy nos atrae algo, mañana ya no; que anhelamos algo que no logramos conseguir y soñamos con ello; que luchamos por alcanzar ciertos bienes, pero luego no podemos mantenerlos o nos habían o irremediablemente los perdemos o tememos perderlos.

De esa manera queda aclarado el panorama: hay bienes inferiores a nosotros –todas las cosas no humanas–, otros iguales a nosotros –todos los seres humanos– y un Ser superior a nosotros: Dios. ¿Cómo elegir lo que satisfaga plenamente nuestra ansia de felicidad?

Santo Tomás hace un cuidadoso análisis y valoración de los

bienes que atraen a las personas y los enumera y va descartando los que no son capaces de *hacernos plenamente felices*, así resumiendo muy brevemente los argumentos que él despliega con mayor amplitud, (S. Th. I II Q 2) expone:

¿Consiste la bienaventuranza del hombre en las riquezas?

Es imposible que la bienaventuranza del hombre consista en las riquezas. Hay dos clases de riquezas... las naturales y las artificiales. Las riquezas naturales sirven para subsanar las debilidades de la naturaleza, así el alimento, la bebida, el vestido, los vehículos, el alojamiento, etc. Por su parte, las riquezas artificiales, como el dinero, por sí mismas, no satisfacen a la naturaleza sino que las inventó el hombre para facilitar el intercambio, para que sean de algún modo la medida de las cosas vendibles.

Es claro que la bienaventuranza del hombre no puede estar en las riquezas naturales, pues se las busca en orden a otra cosa: para sustentar la naturaleza del hombre y, por lo que no pueden ser su último fin, sino que se ordenan a él como a su fin. Por eso, en el orden de la naturaleza, todas las cosas están subordinadas al hombre y han sido hechas para el hombre...

Las riquezas artificiales, a su vez, sólo se buscan en función de las naturales. No se apetecerían si con ellas no se compraran cosas necesarias para disfrutar de la vida. Por eso tienen mucha menos razón de último fin. Es imposible, por tanto, que la bienaventuranza, que es el fin último del hombre, esté en las riquezas

¿La bienaventuranza del hombre consiste en los honores?

... el honor no está en quien es honrado, sino más bien en quien honra, en quien le rinde homenaje.... Luego la bienaventuranza no consiste en el honor.

... Es imposible que la bienaventuranza consista en el honor, pues se le tributa a alguien por motivo de la excelencia que este posee, y así el honor es como signo o testimonio de la excelencia que hay en el honrado. Pero la excelencia del hombre se aprecia sobre todo en la bienaventuranza, que es el bien perfecto del hombre, y en sus partes, es decir, en aquellos bienes por los que se participa de la bienaventuranza. Por tanto, el honor puede acompañar a la bienaventuranza, pero ésta no puede consistir propiamente en el honor.

¿La bienaventuranza del hombre consiste en la fama o gloria?

...la fama o gloria pueden ser falsas... *Son muchos los que deben su renombre a la falsa opinión del vulgo: ¿puede darse algo más vergonzoso? Pues quien es alabado sin merecimiento forzosamente sentirá vergüenza de los elogios.* Por tanto, la bienaventuranza no consiste en la fama o gloria.

Es imposible que la bienaventuranza del hombre consista en la fama o gloria humana. La gloria se define como una notoriedad *laudatoria*... Ahora bien, el conocimiento de una cosa es distinto en Dios y en el hombre, pues el conocimiento humano es producido por las cosas conocidas, mientras que el conocimiento divino las produce. La perfección del bien humano, que llamamos bienaventuranza, no puede producirla el conocimiento humano,

sino que este procede de la bienaventuranza de alguien y es como causado por ella, sea incoada o perfecta. Por tanto, la bienaventuranza del hombre no puede consistir en la fama o en la gloria. Pero el bien del hombre depende, como de su causa, del conocimiento de Dios... la bienaventuranza del hombre tiene su causa en la gloria que hay ante Dios.

Hay que considerar también que el conocimiento humano se equivoca con frecuencia, sobre todo al juzgar los singulares contingentes, como son los actos humanos, por tal razón la gloria humana es frecuentemente engañosa. En cambio, la gloria de Dios, como Él no puede equivocarse, es siempre verdadera....

¿Consiste la bienaventuranza del hombre en el poder?

... el poder es muy imperfecto, porque... El poder humano no es capaz de impedir el peso de las preocupaciones, ni de esquivar el aguijón de la inquietud. ... ¿Llamarás poderoso a quien se rodea de una escolta y teme más que es temido? Por tanto, la bienaventuranza no consiste en el poder.

... Es imposible que la bienaventuranza consista en el poder,

por dos razones. La primera, porque el poder tiene razón de principio..., mientras que la bienaventuranza la tiene de fin último. La segunda, porque el poder vale indistintamente para el bien y para el mal; en cambio, la bienaventuranza es el bien propio y perfecto del hombre.

En consecuencia, puede haber algo de bienaventuranza en el ejercicio del poder, más propiamente que en el poder mismo, si se desempeña virtuosamente.

Pueden aducirse cuatro razones generales para probar que la bienaventuranza no puede consistir en ninguno de los bienes externos de los que venimos hablando.

La primera es que, por ser la bienaventuranza el bien sumo del hombre, no es compatible con algún mal y todos esos bienes los encontramos tanto en los buenos como en los malos.

La segunda es que, por ser propio de la bienaventuranza el ser suficiente por sí misma..., es de rigor que, una vez alcanzada, no le falte al hombre ningún bien necesario. Pero, después de lograr cada uno de esos bienes, pueden faltarle otros muchos necesarios, como la sabiduría, la salud del cuerpo, etc.

La tercera es que la bienaventuranza no puede ocasionar a nadie ningún mal porque es un bien perfecto; pero esto no sucede con los bienes citados, pues se dice... que las riquezas se guardan para el mal de su dueño, lo mismo ocurre con los otros tres.

La cuarta es que el hombre se ordena a la bienaventuranza por principios internos, pues se ordena a ella por naturaleza; pero esos cuatro proceden de causas externas y, con frecuencia, de la fortuna, de ahí que se les llame también bienes de fortuna. Por tanto, de ningún modo puede consistir la bienaventuranza en ellos.

¿Consiste la bienaventuranza del hombre en algún bien del cuerpo?

El hombre aventaja a todos los demás animales en la bienaventuranza. Pero muchos animales le superan en los bienes del cuerpo, como el elefante en longevidad, el león en fuerza, el ciervo en velocidad. Luego, la bienaventuranza del hombre no consiste en los bienes del cuerpo.

... Es imposible que la bienaventuranza del hombre consista en los bienes del cuerpo, por dos razones. La primera, porque es imposible que el último fin de una cosa, que tiene otra como fin, sea su propia conservación en el ser... pues el hombre no es el bien supremo, es imposible que el último fin de la razón y la voluntad humanas sea la conservación del ser humano.

La segunda, porque no se puede decir que el fin del hombre sea algún bien del cuerpo, aunque se conceda que el fin de la razón y la voluntad humanas es la conservación del ser humano. Porque el ser del hombre consta de alma y cuerpo y, aunque el ser del

cuerpo depende del alma, el ser del alma no depende del cuerpo... Además, el cuerpo existe por el alma, como la materia por la forma y los instrumentos por el motor, para que con ellos realice sus acciones. Por tanto, todos los bienes del cuerpo se ordenan a los del alma como a su fin. En consecuencia, es imposible que la bienaventuranza, que es el fin último del hombre, consista en los bienes del cuerpo.

¿La bienaventuranza del hombre consiste en el placer?

Quien quiera recordar sus liviandades, comprenderá el triste resultado de los placeres. Si pudieran proporcionar la felicidad, nada impediría que las bestias fueran bienaventuradas.

Las delectaciones corporales, por ser las que conoce más gente, acaparan el nombre de placeres..., aunque hay delectaciones mejores. Pero tampoco en estas consiste propiamente la bienaventuranza porque en todas las cosas hay que distinguir lo que pertenece a su esencia y lo que es su accidente propio..., hay que considerar que toda delectación es un accidente propio que acompaña a la bienaventuranza o a alguna parte de ella, porque se siente delectación cuando se tiene un bien que es conveniente, sea este bien real, esperado o al menos recordado. Pero un bien conveniente, si es además perfecto, se identifica con la bienaventuranza del hombre; si, en cambio, es imperfecto, se identifica con una parte próxima, remota o al menos aparente, de la bienaventuranza. Por lo tanto, es claro que ni siquiera la delectación que acompaña al bien perfecto es la esencia misma de la bienaventuranza, sino algo que la acompaña como accidente.

Con todo, el placer corporal no puede acompañar, ni siquiera así, al bien perfecto porque es consecuencia del bien que perciben los sentidos, que son virtudes del alma que se sirven de un cuerpo; pero el bien que pertenece al cuerpo y es percibido por los sentidos no puede ser un bien perfecto del hombre. ... Los sentidos, que son fuerzas corporales, conocen lo singular que está determinado por la materia; mientras que el entendimiento,

que es una fuerza desligada de la materia, conoce lo universal, lo que está abstraído de la materia y se extiende sobre infinitos singulares. Por consiguiente, es claro que el bien conveniente al cuerpo, que causa una delectación corporal al ser percibido por los sentidos, no es el bien perfecto del hombre, sino un bien mínimo comparado con el del alma. Por eso se dice *...Todo el oro, en comparación con la sabiduría, no es más que arena*. Así, pues, el placer corporal ni se identifica con la bienaventuranza ni es propiamente un accidente de ella.

¿La bienaventuranza del hombre consiste en algún bien del alma?

Como dice Agustín..., debe ser amado por sí mismo aquello en que consiste la vida bienaventurada. Pero no debemos amar al hombre por sí mismo, sino que cuanto hay en el hombre debemos amarlo por Dios. En consecuencia, la bienaventuranza no consiste en ningún bien del alma.

...se llama fin a dos cosas: a la cosa misma que deseamos

alcanzar y a su uso, consecución o posesión. Por tanto, si hablamos del fin último del hombre, refiriéndonos a la cosa misma que deseamos como fin último, entonces es imposible que el fin último del hombre sea su misma alma o algo de ella porque el alma, considerada en sí misma, es como existente en potencia, pues de ser sabia en potencia pasa a ser sabia en acto, y de ser virtuosa en potencia a serlo en acto. Mas es imposible que lo que en sí mismo es existente en potencia tenga razón de último fin porque la potencia existe por el acto, como por su complemento. Por eso es imposible que el alma sea el último fin de sí misma.

De igual modo, tampoco puede serlo algo del alma, sea potencia, hábito o acto, porque el bien que es último fin es un bien perfecto que sacia el apetito. Pero el apetito humano, que es la voluntad, tiene como objeto el bien universal y cualquier bien inherente al alma es un bien participado y, por consiguiente, particularizado. Es por eso imposible que alguno de ellos sea el fin último del hombre.

Pero si hablamos del fin último del hombre, en el sentido de la consecución, posesión o uso de la cosa misma que se apetece como fin, entonces algo del hombre, por parte del alma, pertenece al último fin, porque el hombre consigue la bienaventuranza mediante el alma. Por tanto, la cosa misma que se desea como fin es aquello en lo que consiste la bienaventuranza y lo que hace al hombre bienaventurado. Pero se llama bienaventuranza a la consecución de esta cosa. Luego, hay que decir que la bienaventuranza es algo del alma, pero aquello en lo que consiste la bienaventuranza es algo exterior al alma.

¿La bienaventuranza del hombre consiste en algún bien creado?

La vida bienaventurada del hombre es Dios, como la vida de la carne es el alma...

Es imposible que la bienaventuranza del hombre esté en algún bien creado. Porque la bienaventuranza es el bien perfecto que calma totalmente el apetito, de lo contrario no sería fin último si aún quedara algo apetecible. Pero el objeto de la voluntad, que es el apetito humano, es el bien universal. Por eso está claro que solo el bien universal puede calmar la voluntad del hombre. Ahora bien, esto no se encuentra en algo creado, sino sólo en Dios porque toda criatura tiene una bondad participada. Por tanto, sólo Dios puede llenar la voluntad del hombre... Luego, la bienaventuranza del hombre consiste en Dios solo.

Así termina esta segunda cuestión.

Todos los citados bienes, son buenos, pero resultan precarios para darle la plena felicidad a la persona. Por apeterlos desordenadamente como si fuesen fin último de nuestra existencia, los seres humanos con frecuencia mentimos, matamos, robamos, odiamos, atesoramos.

Solo su uso moderado y conforme a la razón puede darle a la persona contento, alegría, siempre mezclada con su carácter perecedero y su mezcla con muchos motivos de congoja, de pena,

de pequeñas o grandes frustraciones..., pero no la plenitud de la felicidad que irrenunciablemente anhela el corazón humano. Lo más que logran alcanzar a darnos es la felicidad imperfecta, pasajera, transitoria. Y con nuestra muerte ocurre la separación absoluta y definitiva de todos esos bienes transitorios, por lo que hay que saber vivir con espíritu de desapego de lo que tarde o temprano no tendremos a nuestra disposición.

¿Qué cabe entender a estas alturas de la exposición por felicitas o beatitudo?

Sto. Tomás acude al gran pensador de los siglos V y VI, Severinus Boecius, cónsul de la corte del rey ostrogodo Teodorico, gran pensador, cristiano, injustamente encarcelado y ejecutado, quien en la cárcel escribió la admirable obra *De Consolatione Philosophiae*. Su definición de la felicidad es esta:

“Est status omnium bonorum aggregatione perfectus”, in IV. *De Consolatione Philosophiae*: th. I. 26. 1 ob., I 100; III. 63; es decir, es el estado perfecto por el conjunto de todo bien.

Aristóteles llegó hasta el punto de indicar que la eudaimonía o felicidad consiste en la actividad del espíritu por el conocimiento de la verdad, actividad que es conforme a su naturaleza y responde a su propia teleología o finalidad y que el placer y la alegría, aunque son buenas emociones, son solo un eco de la perfección obtenida. La actitud moral virtuosa constituye un elemento esencial de la felicidad, la cual solo la concibe él –pagano al fin– dentro del ámbito terreno, sin dejar de vislumbrar una grandeza divina en el sabio capaz de vivir según la virtud más elevada.

Sto. Tomás, como se colige de lo resumidamente expuesto, explica que la felicitas o bienaventuranza consiste en la visión beatífica de Dios, bien perfecto. La visión aristotélica es superada mediante el pensamiento de la perfección interna de la personalidad, asequible solamente con la posesión de Dios por conocimiento, amor, santidad de vida y gozo (fruición, delectación) en Él y con Él.

Conclusión

La visión cristiana distingue así una felicidad natural o imperfecta, correspondiente a las capacidades y tendencias de la naturaleza espiritual de la persona, pero que no es posible que se desarrolle en plenitud en este mundo mortal; y otra, que es lo más propio de esta concepción, de carácter sobrenatural que en el orden efectivo constituye, por sí sola, el destino del hombre y consiste en la contemplación de Dios, fuente de gozo sin fin: en palabras de S. Pablo: *Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni a corazón de hombre se antojó, tal preparó Dios a los que le aman...*, es decir, la felicidad perfecta.

Tal expectativa de la felicidad satisface también el natural anhelo de bienaventuranza ínsito en el espíritu humano y no mengua el mérito de su esfuerzo moral.

El esfuerzo moral y su valor incondicionado, por lo contrario, quedan mermados con la negación de la inmortalidad y de la felicidad ultraterrena que pertenecen esencialmente a la personalidad espiritual humana y a la médula de una depurada concepción de la vida.

Bien se entiende, porqué el gigantesco pensador S. Agustín, que ha estado vigente en todos los siglos, después de muchos años de buscar la verdad y el sentido de su vida, cuando se convirtió al cristianismo después de larga vida pagana, a sus 32 años, llegó a decir: *Nos hiciste, Señor, para ti y muy inquieto estará nuestro corazón hasta que no descanse en ti.* Confesiones, (I, 1, 1).

Esa es la visión cristiana de la felicidad. Por muchas cosas que oímos, vemos y leemos, nos percatamos de que buena parte del mundo ha retrocedido en muchos aspectos a un neopaganismo. Por ello el contraste con la civilización cristiana, de la que formamos parte y que, en lo relativo al tema central de la antropología, que es la felicidad, dio tamaño giro al mundo.

Es por esto que muchos análisis actuales sobre la felicidad difícilmente alcanzan la altura de Aristóteles, mucho menos la

de Sto. Tomás. A lo sumo solo llegan a merecer la aplicación del comentario de Heráclito con el que se inició esta reflexión:

Si la felicidad residiese en los placeres del cuerpo, llamaríamos felices a los bueyes cuando hallan arvejas para comer.

La persona humana está llamada a un destino superior; si no lo intenta con todas las fuerzas de su espíritu, la frustración de no poder ser lo que está llamada a ser, dejará un vacío que nada logrará llenar: el vacío existencial de una vida sin sentido: sin dirección y sin finalidad última.

El anhelo de ser feliz de modo pleno, colmado..., acompañará

siempre a la persona a lo largo de su vida; la experiencia le mostrará, asimismo, que ningún bien terreno colma en plenitud ese anhelo, salvo por momentos y siempre acompañado de limitaciones y aflicciones que podemos aprender a sobrellevar.

Por ello la felicidad de los seres humanos solo puede hallar su satisfacción en una estrecha relación con Dios mismo. Esto debe llevar a organizar, a vivir la vida entera en razón de tan alto fin, para que adquiera desde ahora el sentido pleno que se hará patente al venir la muerte terrena o paso a la vida sin fin. Solo la esperanza —esa gran virtud— que hace vivir ya como presente lo esperado, sabe estrechar lo actual con lo futuro sin término, porque la esperanza hace vivir como logrado, lo que de verdad se sabe esperar.

Guillermo Malavassi V.
Acto de Graduación, UACA, 30 de abril del 2011

Bibliografía

Diels H. y Franz W, *Die fragmente der Vorsokratiker*, Zurich/Berlin, 1964.

Mondolfo, R., *El pensamiento antiguo. Historia de la Filosofía Greco-Romana*, 2 T., Losada, 4ª ed., 1959.

Aquino T. de, *Summa Theologiae* Ed. Leonina, Marietti, Taurini/Romae, 1950.

Id. *Suma contra los gentiles*, BAC, 2 T., Madrid, 1967
Fraile, Guillermo, *Historia de la Filosofía*, I Grecia y Roma, BAC,

Madrid, MCMLVI

Singer, Peter, “¿Podemos aumentar nuestra felicidad nacional

bruta?”, *La Nación*, sábado 17 de setiembre del 2011, p 29 A.
Agustín, san, *Las Confesiones*, Bil., BAC, Madrid, MCMLXXIV